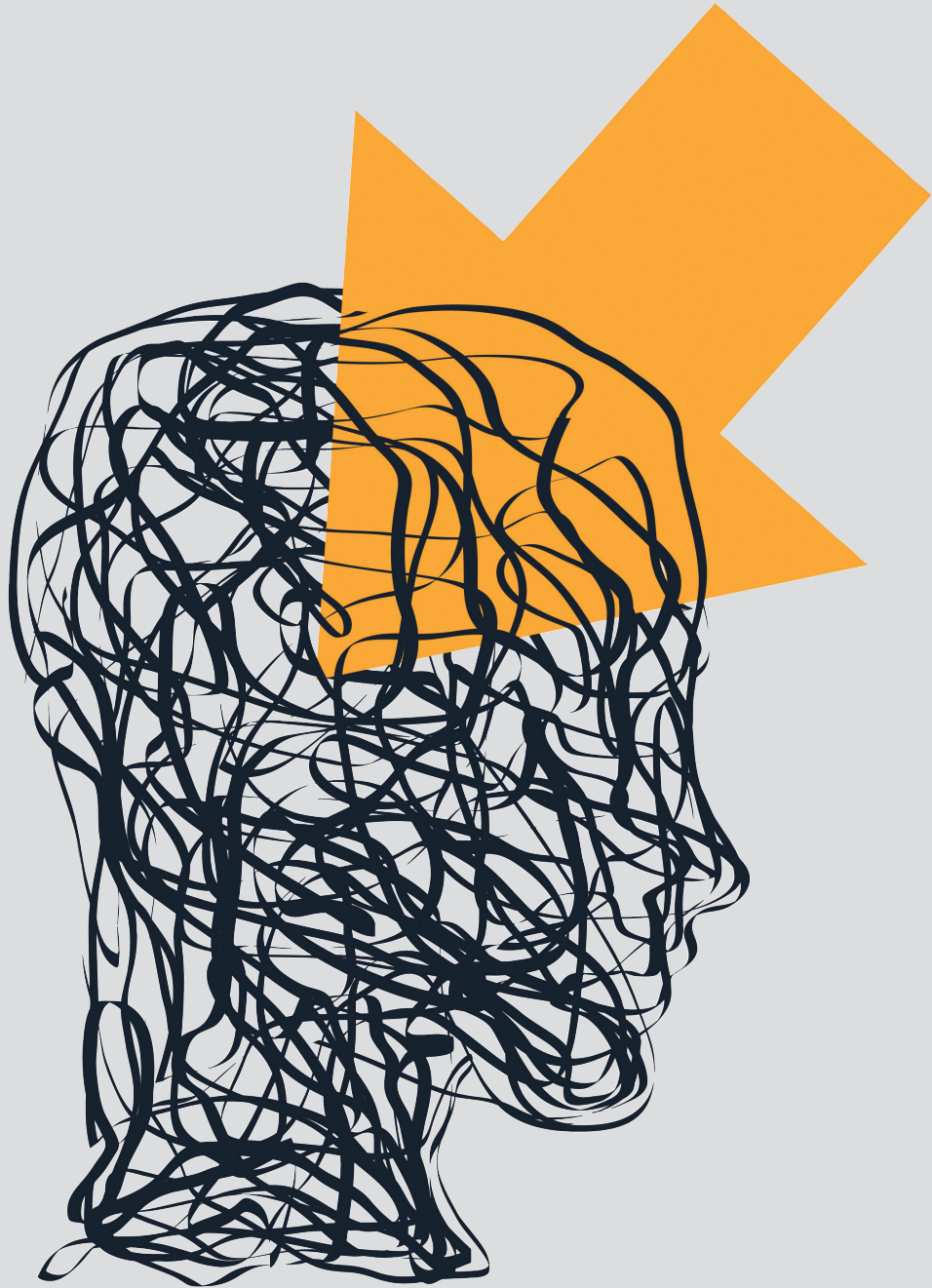


PLIEGO

Vida Nueva

3.209.
30 DE ENERO-
5 DE FEBRERO
DE 2021



“¡Yo sé quién soy!”

**Recuperar la consagración
como vocación**

ROSA RUIZ. Misionera Claretiana

La actual pandemia está precipitando nuevos modos de relación, de identidad, de pertenencia y –¿por qué no?– de vivir la fe. También entre los consagrados, urgidos a recuperar los votos como camino de seguimiento y dinamismo de consagración. En vísperas de una nueva Jornada Mundial de la Vida Consagrada (2 de febrero), religiosas y religiosos tienen ante sí la oportunidad de volver a la esencia de sus respectivos carismas, ponerse en camino, y recuperar las ganas de vivir y de servir sin límite como “parábola de fraternidad en un mundo herido”, según reza el lema de este año.



Algo de quijotes tenemos todos. También la Vida Consagrada (VC, a partir de ahora) es quijotesca, como cualquier proyecto que aliente lo mejor del ser humano. Algunos nos dirán que es locura; otros se ríen; otros menean la cabeza con lástima, cabizbajos; y otros incluso nos aclamarán como honrosos caballeros (y caballeras, si fuera necesario). Y también la VC, como el mismísimo Don Quijote, tiene sus derrotas y sus Pedros Alonsos. Puede que ahora estemos en una de esas caídas, en un tiempo de debilidad y convalecencia¹. Pues, como afirma **González Faus**, “que la vida religiosa está en crisis no lo niega nadie hoy. Algunos siguen creyendo que se trata de una crisis solo cuantitativa y pasajera. Pero ya es hora de que nos preguntemos si no se trata más bien de una crisis cualitativa que amenaza o con una desaparición, o con una transformación radical de la vida religiosa. El mismo lenguaje que prefiere hablar hoy de vida ‘consagrada’ podría insinuar algo de eso si sabemos responder a la pregunta: consagrada ¿a quién y a qué?”².

El COVID-19 está precipitando lo que estaba por venir: nuevos modos de relación, de identidad, de pertenencia y, ¿por qué no?, de vivir la fe. Y como consagrados, creo que es urgente recuperar los votos como camino de seguimiento y dinamismo de consagración.

“Tendido Don Quijote en tierra (...) comenzó a revolcarse y a recitar coplas. En lo cual debemos ver algo así como cierta deleitación en la derrota y un convertir a ésta en sustancia caballeresca. ¿No nos está pasando lo mismo...? ¿No nos deleitamos en nuestra derrota y sentimos cierto gusto, como el de los convalecientes, en la propia enfermedad?”

Y acertó a pasar Pedro Alonso, un labrador vecino suyo, que le levantó del suelo, le reconoció, le recogió y le llevó a su casa (...). Y en esta plática es cuando Don Quijote pronunció aquella sentencia tan preñada de sustancia que dice: ‘¡Yo sé quién soy!’. Sí, él sabe quién es y no lo saben ni pueden saberlo los piadosos Pedros Alonsos”.

(M. Unamuno, ‘Vida de Don Quijote y Sancho’, c. V)

I. RECUPERAR LA IDENTIDAD ESENCIAL PARA SER QUIENES SOMOS

Sí, creo que nuestra Iglesia y, concretamente, nuestra VC necesita decirse a sí misma: “¡Yo sé quién soy!”. Esto no nos cura, pero podría ponernos en camino, recuperar las ganas de vivir y de servir sin límite, como hizo Jesús. Con él y como él.

No sé cómo se hace. Intuyo que necesitamos recuperar lo esencial de la consagración y, desde ahí,

reordenar los medios. Intuyo que lo que nació para hacer posible el seguimiento de Cristo en totalidad –pobres, castos y obedientes– ha dejado de ser un medio y nos ocupa la vida, las programaciones, los capítulos y las reuniones comunitarias.

Solo pretendo compartir deseos e inquietudes. Yo tampoco sé qué hacer ni cómo hacerlo. Solo quisiera expresar el deseo de recuperar los votos y la consagración religiosa en sí como principio y fundamento, como corazón de la VC en cualquiera de sus formas. Todo lo demás será eso: diversas formas cambiantes.

Me referiré a la VC apostólica en sus diversas formas de consagración (religiosos/as, institutos seculares, asociaciones de vida apostólica, laicos consagrados/as, etc.). La razón es simple: lo esencial es la consagración en sí, la llamada de Dios y el deseo de cada persona de entregar la vida por completo a Dios y a su servicio. Y aunque no todas estas formas de vida hacen voto de pobreza, obediencia y castidad, creo que son tres dimensiones que expresan radicalmente (desde la raíz) la consagración de todo consagrado³.

Con frecuencia, al intentar arrojar una mirada global a la historia de la VC, suelen darse dos posturas: quienes valoran los orígenes como el momento de máximo esplendor y fidelidad evangélica (por tanto, el devenir de los siglos solo es “Historia

de una larga decadencia⁴⁾) y quienes, por el contrario, consideran el origen como un sencillo germen que va perfeccionándose a medida que pasan los siglos y aparecen nuevas formas.

Pero si creemos de verdad que la VC es un don o carisma del Espíritu a su Iglesia –como otras vocaciones–, entonces su bondad o deterioro no está en presumir de siglos a la espalda ni de ser la última aparición en el panorama eclesial. Ni unas son de primera categoría (pata negra) ni otras son la avanzadilla de la modernidad inculturada. Simplemente, el aliento de Dios suscitará nuevas respuestas a nuevas situaciones del mundo, y habrá hombres y mujeres que, en diálogo con Dios, concretarán diversos modos de hacer presente a Cristo aquí y ahora. No nos viene mal recordar que Dios está vivo y que su Espíritu sopla donde quiere y cuando quiere. Lo nuestro es respirar: tomar aire y devolverlo al mundo. Pero el aliento de vida es de Dios. Y, por definición, nunca está quieto, inmóvil, limitado. Entonces, ¿cómo iba a estarlo la VC si quiere vivir según la voluntad de Dios?

1. ¿Por qué “recuperar”?

Propongo “recuperar” o “recobrar”. Según la RAE, en su primera acepción son sinónimos: *volver a tomar o adquirir lo que antes se tenía o poseía*. Podríamos decir que los votos o la consagración en sí no los hemos perdido nunca. Que es don de Dios. Que no es un bien nuestro. Es cierto. Pero los matices vienen después. Recuperar o recobrar también significa: 1. *Volver a poner en servicio lo que ya estaba inservible*; y 2. *Trabajar un determinado tiempo para compensar lo que no se había hecho por algún motivo*.

Y sí, quizá los mayores dones también pueden volverse inservibles y tener que recuperarlos. Sin dramatismo, sin juicios que nos paralicen, pero recuperarlos. Cambiar. Convertirse, diríamos en lenguaje eclesial. Y, para ello, seguramente tendremos que trabajar durante un tiempo o empeñar la vida en una determinada dirección para compensar lo que hemos dejado de vivir por la razón que sea.

Lo mejor viene cuando el diccionario lo aplica

expresamente a las personas: 3. *Volver en sí de la enajenación del ánimo o de los sentidos o de un accidente o enfermedad*; 4. *Recuperarse de un daño recibido*; y 5. *Dicho de una persona o de una cosa: volver a un estado de normalidad después de haber pasado por una situación difícil*.

Me suena a Don Quijote. Y a nosotros. Necesitamos volver en sí, saber quiénes somos; recuperarnos de daños y situaciones difíciles que, con la mejor voluntad, no sabemos manejar. No sabemos cómo responder, aunque todos sabemos que hay que dar una respuesta nueva, porque mucho de lo que vivimos ya no vale. Volver en sí, a *nuestro más profundo centro*, sin enajenarnos (sin estar fuera de nosotros mismos, “en-ajeno”).

Así, propongo:

■ **Recuperar el centro:** Jesús y su Reino. Sin seguimiento de Cristo, todo lo demás es vano.

■ **Recuperar las virtudes teologales como dinámica de consagración.**

Si es la vida de la gracia (teologal) la que dinamiza el camino de todo creyente hacia Dios, también lo hará con el consagrado.

■ **Recuperar la vida de Cristo pobre, virgen y obediente para este mundo.**

El modo en que Dios nos regala su gracia en fe, esperanza y caridad toma la forma de obediencia, pobreza y castidad en un consagrado. Y no de cualquier forma (buena y válida), sino tal como lo vivió Jesús de Nazaret.

Poder levantarnos y reponernos diciendo “¡Yo sé quién soy!” no busca apuntalar el ego, contentarnos porque nosotros lo sabemos y otros no, o cualquier otra forma de soberbia espiritual bajo capa de fidelidad perfecta. Nos importa poder decir “sé quién soy y quién no quiero ser”, porque queremos hacerlo vida y, sobre todo, porque

en ello nos va la felicidad: en hacer la voluntad de Dios.

II. RECUPERAR EL CENTRO: JESÚS Y SU REINO

1. Regreso al futuro

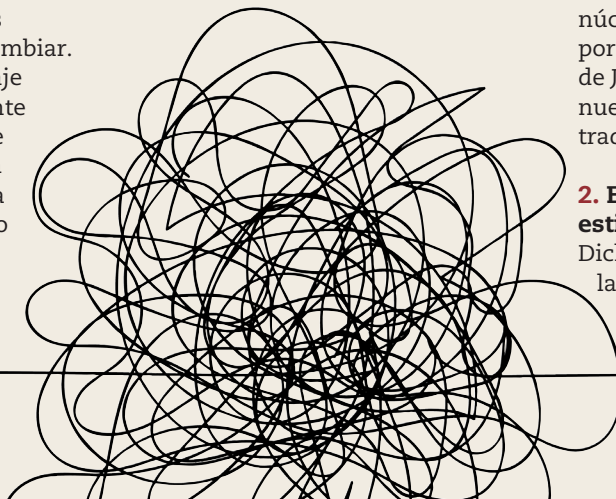
No hay movimiento en la Historia que haya querido renovarse o purificarse y no haya vuelto su mirada a los orígenes. Es más: cuando personalmente atravesamos un momento de crisis o de cambio profundo, antes o después volvemos a nuestros orígenes para releernos y recomenzar. Pero también sabemos que el camino más corto para fracasar en tal empeño es quedarse anclado en esos orígenes como palabra absoluta o como meta. Es una trampa. Volver a las fuentes, como pidió el Concilio Vaticano II a los religiosos para actualizarse y ser fieles a su razón de ser, puede ser también un modo de escapar del futuro y de la responsabilidad de decidir en el presente. Hemos de “renunciar al comodín interpretativo de quienes nos han precedido”⁵.

En nuestro caso, mirar al origen es mirar a Jesús. La ventaja que tenemos es que no es un camino de regreso a un punto 0. Es *regreso al futuro*, como decía la película. Volver a Jesús es un movimiento diario y continuo, y siempre hacia delante, pues “el fundamento evangélico de la vida consagrada se debe buscar en la especial relación que Jesús, en su vida terrena, estableció con algunos de sus discípulos” (VC 14). La vocación consagrada, como “memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús” (VC 22), es una convicción permanente a lo largo de la historia. Si esto es así, el criterio de todo discernimiento para vivir consagrados está claro: Cristo. No me refiero a Cristo solo como núcleo de toda vida cristiana, lo doy por supuesto. Me refiero a la vida de Jesús de Nazaret como tamiz de nuestra vida, hábitos, costumbres, tradiciones, opciones, estilos, etc.

2. El seguimiento como estilo de vida

Dicho de otro modo, la esencia de la VC desde los primeros siglos fue hacer del seguimiento de

»



» Cristo un modo de vida en pobreza, obediencia y castidad⁶. Y, por eso mismo, desde el inicio, también fue signo para el resto de la comunidad creyente; una sencilla llamada de atención o recordatorio del gozo de centrar la vida en Cristo y de ser consciente de que nuestra meta final es Él, junto al Padre, con el Espíritu.

Si este es el fin, nunca podrá ser un medio. Si el seguimiento es un medio para cuidar enfermos, dar clase, predicar, acompañar espiritualmente... entonces, ya estamos hablando de otra cosa. Muy buena, pero otra cosa. Consagramos la vida porque deseamos seguir a Jesús del todo y en todo; no es que sigamos a Jesús porque queremos ser buenos consagrados. Por eso, si en algún momento cualquier elemento de nuestra vida disminuyera nuestra identificación con Cristo, nuestra relación con Él, nuestro seguimiento y entrega a los demás como Él hizo, entonces, algo va mal. Hemos perdido el norte, no hacemos pie. Aunque sigamos haciendo muchas cosas buenas que no hacen daño a nadie.

Ya en 1978, J. B. Metz escribió que había llegado la hora del seguimiento para toda la Iglesia: "La actual situación eclesial requiere un empujón, una especie de *shock* en dirección al seguimiento. Y, ¿de dónde ha de venir este empujón radical, si no es de las Órdenes?"⁷. Escribo esto en 2021 y en plena pandemia mundial que nos obliga a retomar lo esencial, eso que podemos mantener estando confinados en una casa y no perder la felicidad ni la radicalidad evangélica, aunque podamos perder la vida. Han pasado casi 43 años y la situación eclesial sigue requiriendo ir a la raíz del seguimiento. Pero nos aterra que por el camino se caiga todo aquello que no es "radical" (de la raíz) ni de Jesús. El cambio sería tan grande que quizá no podríamos sostenerlo. ¿No ocurre algo así con una VC y una vivencia de los votos que piden a gritos un cambio, un soplo de aire fresco?

3. Vida Consagrada, memoria viviente de Jesús

En pocas palabras, si la razón de existir la VC es ser memoria viviente del Jesús histórico, ¿podríamos eliminar todo lo que no ayude o impida crecer en este seguimiento radical de Jesús?, ¿podríamos quedarnos solo con aquello que "re-presente" y sea signo visible del modo de vivir, pensar y amar de Jesús?

Urge –en palabras de J. A. Pagola– "Recuperar a Jesús"⁸. En general, para toda la Iglesia, para cualquier cristiano. Pero para la VC es una cuestión de vida o muerte. Quizá porque en esta vocación, si quitas eso, no hay nada. En una vocación laical, si quitas a Jesús no hay Evangelio, pero sigue teniendo valor por sí mismo el trabajo bien hecho, el compromiso cívico-político, formar una familia, educar a los hijos como hombres y mujeres de bien. ¿Qué le queda a un consagrado sin Jesús y su Reino? Una primera pista: somos seguidores de Jesús por encima de todo.

III. RECUPERAR LAS VIRTUDES TEOLOGALES COMO DINÁMICA DE CONSAGRACIÓN

En los comienzos, cuando la VC se definía más por el seguimiento que por las obligaciones contraídas, la *sequela Christi* era la categoría teológica central. Y, por eso, no se pretendía buscar –al menos en la mayoría de los casos– una *plus* de fidelidad o un *magis* de valor eclesial o un *más cerca* que el resto. Simplemente, la consagración era una forma de vida cristiana entre otras, cuya principal finalidad no era ni mejorar la sociedad ni acompañar a la comunidad eclesial (aunque se hicieran ambas cosas). Su fin principal era vivir siguiendo a Jesús de Nazaret, buscando a Dios, dejándose llevar por el Espíritu Santo. No es que otras vocaciones no lo hagan, sino que no las define particularmente

ni están llamadas a ser signo escatológico en medio de la Iglesia.

1. La dinámica teológica de la vida cristiana

En los inicios, la dinámica propia de la VC era la de la vida creyente de cualquier cristiano: vivir unido a Dios, hacer el bien y crecer en un continuo *asemejamiento* hasta la comunión plena. Dicho de otro modo: una vida teológica. El actual *Catecismo de la Iglesia Católica* lo expresa así en su n° 1813: "Las virtudes teologales son infundidas por Dios en el alma de los fieles para hacerlos capaces de obrar como hijos suyos y merecer la vida eterna. Son la garantía de la presencia y la acción del Espíritu Santo en las facultades del ser humano. Tres son las virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad".

Puede que el lenguaje no sea el mejor. Pero creo que nos devuelve la importancia de recuperar las virtudes teologales como motor y expresión de la vida cristiana. Si esto es así, siguiendo nuestro razonamiento, recuperar este dinamismo teológico es particularmente importante para la VC y como fundamento último de los votos. Porque los votos, así entendidos, no son simples medios, sino también expresión del fin para el que vivimos. ¿Es un beso un medio para crecer en el amor? Sí, claro. El amor requiere de medios concretos que lo alimenten. Pero también es expresión misma del amor que nos tenemos. Algo así serían los votos y el seguimiento de Cristo en la vocación consagrada. Pero, para eso, necesitamos recuperar una dinámica teológica de vida y abandonar aquella vivencia de los votos como "medios removedores de obstáculos", en su expresión más jurídica y menos cristológica⁹.

Imaginemos vivir cualquier relación personal o proyecto vital como un modo de "remover" o apartar lo que impide la propia perfección o

santidad. Sería una triste elección. Pero si, además, se trata de nuestro seguimiento y relación con Dios, los efectos son perniciosos. Y acabamos creyendo –casi inconscientemente– que son contrarias a la perfección de la caridad cristiana cosas como dedicarse a una familia, enamorarse, gestionar los propios bienes, tomar decisiones autónomas..., entre otros muchos ejemplos. Así se explica que, poco a poco, quienes profesaban votos fueran cargándose de cierta supremacía moral y espiritual frente a los laicos y que tal vocación se asentara más en las renunciaciones sacrificiales que en la libertad gozosa del seguimiento de Cristo.

2. Don y tarea

Recuperar las virtudes teologales es volver a poner a Dios y su gracia en el centro de la vida espiritual. No a nosotros. Y también nos ayudaría a integrar “naturalmente” el don de Dios y nuestra respuesta necesaria, nuestra libertad y la gracia divina. Porque eso son las virtudes teologales: la gracia que Dios nos da para llegar a ser cada uno quienes somos, quienes estamos llamados a ser en plenitud y de la mano de Dios.

La fe, la esperanza y la caridad son la vida de Dios dándose a nosotros gratuitamente, de tal forma que empapa toda la persona: su capacidad de fiarse, de creer, de entregarse; su capacidad de esperar, de ansiar, de construir futuro; su capacidad de amar, de dar y recibir, de cuidar, de crecer. Y como la gracia de Dios no actúa “sobre-nosotros”, sino “con-nosotros”, se integra en lo que somos, nos plenifica, impulsa, embellece. La gracia no se recibe en abstracto o como un sombrero (sobre-natural); son dones que solo actúan cuando son acogidos en cada persona concreta, en su modo particular y único de creer, de esperar y de amar. Las virtudes teologales son la respiración del cristiano. De Dios hemos recibido el sistema respiratorio y también el mismo aire. Pero nada de eso funciona si cada uno no elige libremente inspirar y expirar, recibir y dar, acoger y soltar, estar en relación continua con Otro.

Si nos creyéramos esto, todos los demás aspectos de la vida cristiana estarían en función del único fin:



crecer en fe, esperanza y caridad, porque es el modo en que seremos más felices y nos asemejaremos más a Dios. ¿No es eso consagrar la vida?

3. Vamos siendo consagrados

Vamos siendo consagrados –dice Hb 10, 14– hasta una santificación plena (1 Tes 5, 23). Mientras tanto, vivimos en continuo dinamismo hacia Dios... o hacia nosotros mismos. Nada está hecho de una vez para siempre. Así es el seguimiento: nunca acaba, siempre estamos en camino. Y, por eso, tan importante es la memoria como el deseo. Recordar de dónde venimos, qué hemos elegido vivir y sabernos llamados y queridos por Él, genera tal potencial de agradecimiento que no nos permite abandonar o pararnos. Y si lo hacemos es porque nos cansamos, nos rompemos, nos distraemos; no porque queramos dejar de caminar hacia Dios y con Él. La memoria nos permite no paralizarnos y el deseo orienta ese dinamismo. No vamos movidos hacia cualquier cosa; vamos con Él y como Él. Libre y naturalmente inclinados hacia Dios y su Reino. De manera que, a medida que acogemos su gracia, más nos cala por dentro. No lo he visto expresado con más belleza

que en estas líneas de santo Tomás: “Cuanto más cerca de Dios está un ser, con tanta mayor similitud se refleja en él la dignidad divina. Pero forma parte de la dignidad divina el que él mueva, incline y gobierne todo sin ser él movido, inclinado y gobernado por otro. Por eso, cuanto más cerca de Dios está un ser, tanto menos será inclinado por Dios y tanto más capacitado estará para inclinarse él mismo” (*De veritate*, q 22 a 4c).

Pues bien, este juego entre la propia libertad y la gracia de Dios actuando en cada uno nos permite ser nosotros mismos, fieles a la vocación primera recibida por la Creación (ser tú y no otra persona); y, desde ella, fieles a la vida cristiana y a la forma de vida concreta a la que hemos sido llamados y hemos elegido.

Segunda pista, entonces: ¡sé quién soy!, un creyente que camina en fe, esperanza y caridad de la mano de Dios. Si alguien quiere seguir valorando el seguimiento en términos de perfección, la pregunta será: ¿creo más y mejor, espero más y mejor, amo más y mejor? Como afirma Nurya Martínez-Gayol, creo que la VC se levantará y se repondrá en la medida que recupere el dinamismo teológico de la gracia¹⁰.





» IV. RECUPERAR LA VIDA DE CRISTO POBRE, VIRGEN Y OBEDIENTE PARA ESTE MUNDO

Siguiendo la lógica de nuestra propuesta, recuperaremos los votos si recuperamos a Cristo y la dinámica teológica cristiana en la VC. Es decir, lo esencial de nuestra consagración es vivir los votos como *nuestro* modo de vivir la fe, la esperanza y la caridad.

1. Un modo de vivir entre otros

La apuesta es hacer de nuestra consagración un modo particular entre otros de crear comunidad creyente, de ser más humanos para hacer más humano nuestro mundo, de tener más ganas de ser hermanos unos de otros. Y todo ello porque somos más felices y nos sentimos más “nosotros mismos” cuanto más cerca estamos de Dios: “Los cristianos tienen necesidad de encontrar en vosotros corazones (...) *personas dóciles a la acción del Espíritu Santo que caminan libremente en la fidelidad*

al carisma (...) ¡No os olvidéis que vosotros, de manera muy particular, podéis y debéis decir no solo que sois de Cristo, sino que habéis ‘llegado a ser Cristo mismo!’” (VC 109).

Estas palabras de Juan Pablo II son bellas, pero también pueden ser peligrosas si nos sitúan por encima de la vida cristiana y del común llamado a la santidad que todos tenemos. Más aún: dejaremos de ser lo que somos si nos desmarcamos de la torpeza que compartimos con todo ser humano, creyente o no, y también con toda su grandeza. De hecho, el mismo documento, en el n. 30, confirma los votos como consejos para todo creyente, cada cual en su vocación, continuando la doctrina del Vaticano II (cf. LG 42). La insistencia del Magisterio es que el consagrado está llamado a vivirlos como históricamente los vivió Jesús (que ya es mucho decir), con un carácter de totalidad en el espacio y el tiempo que configura su identidad y su modo de ser él mismo.

Una vocación de totalidad relacional que nos unifica, como si en realidad Cristo fuera el único voto que profesamos: “nadie más que Tú” (virginidad), “nada más que Tú” (pobreza), “no mi voluntad sino la tuya” (obediencia)”¹¹. Quizá por eso, cada uno de nosotros puede expresar su vida creyente desde una de las dimensiones: desde la fe, como experiencia de confianza y abandono en el Padre; desde la esperanza del que se sabe pobre y feliz, porque Dios lo colma y no necesita nada más; desde el amor, que te vertebra de tal manera que te lanza a amar a todos sin excepción y a no anteponer nada al amor de tu vida. Lo mismo ocurre con los votos en la consagración: soy consagrada porque quiero que mi vida sea enteramente la voluntad del Padre; porque quiero que Dios y su Reino sean todo lo que necesito para vivir sin ansiar otras seguridades o bienes; porque el amor que recibo de Cristo es el lugar donde más y mejor puedo vivir amando, especialmente a los que no quiere nadie.

Si lo nuestro es ser memoria viviente de Jesús pobre, virgen y obediente, ¿por qué no vivirlo del modo más cercano posible a como lo vivió él?, ¿por qué sabiendo esto, lo decimos en nuestras celebraciones, lo escribimos en documentos y seguimos sin cambiar nada?, ¿tanto polvo del camino se nos ha ido pegando siglo tras siglo que nos vemos incapaces de sacudirlo sin ponernos en peligro? Edificios, modos arcaicos de tratarnos o de vestir o de hablar, ideas preconcebidas de lo que es la santidad, la abnegación, el anuncio misionero, la sexualidad, el ocio, la amistad, la cultura, la celebración... Todo lo que no nos ayude a nosotros a ser más “Cristo” y a que otros deseen estar con Él, ya no nos vale. No se trata de dejarnos barba, hablar hebreo o llevar sandalias, sino de que nuestro modo de vida haga presente al Jesús del evangelio.

2. Vida Consagrada: signo escatológico, no ejemplo de vida

La dimensión escatológica de la vocación consagrada se puso de relieve con mayor intensidad tras el Concilio Vaticano II: ser signos de lo definitivo, no ejemplos o

paradigmas de virtud. ¿No estaremos confundiendo –en este y en otros temas– ser *signo* con ser *ejemplo*? La VC no recibe esta vocación para ser maestros ni, menos aún, jueces morales. ¿Cómo podría ser así, cuando recibes la invitación a vivir en medio del mundo como *recordatorio visible* de Jesús? Un recordatorio visible que hace vida lo que representa o, al menos, eso desea. Teológicamente, diríamos que es *sacramento* del Jesús viviente, Hijo del Padre y hermano de todos. ¿Acaso alguien imitaría una señal de tráfico para conducir bien o de lo que se trata es de leer dicha señal y aplicarla en mi propio camino?

El signo funciona cuando entendemos lo que significa y, además, tenemos herramientas para actuar de manera distinta en función de nuestra situación concreta. ¿Os imagináis que una señal de tráfico, por ejemplo, en una rotonda, significara lo mismo para el coche que llega que para el que sale o para el peatón? ¡Colapsaríamos el tráfico o provocaríamos accidentes!

Apliquemos el mismo criterio a los votos:

- ¿Nuestra **obediencia** es signo viviente de la libertad de Jesús y la primacía que en su vida tenía la voluntad de Dios?

- ¿Nuestra **castidad** es signo viviente del amor incondicional de Dios como medida de todo y de todos, más allá de dependencias, deseos, autosatisfacciones o etiquetas sociales?

- ¿Nuestra **pobreza** es signo viviente hoy de la sencillez de Jesús, sin títulos ni posesiones elitistas, eligiendo situarse entre la gente y, especialmente, con quien más sufre, con el más humillado, con el que más lo necesita?

Quizá cuando reconocemos que los medios se han trastocado en fines y el fin esencial se desdibuja,

entendemos mejor por qué hemos perdido tanto la dimensión escatológica (signo de lo definitivo). ¿Acaso no es más “significativo” para la gente nuestra entrega en la misión o nuestro compromiso que la vivencia de nuestros votos?, ¿nuestra vida se torna deseable porque somos signo de la plenitud de Dios que nos aguarda, signos del “cielo”?, ¿renunciaremos a los votos como dinamismo de gracia y crecimiento solo porque no los vivimos de manera significativa o buscaremos la forma de “recuperarlos” para revitalizar nuestra consagración?

3. La libertad de ser pobres, castos y obedientes; contigo y como Tú

No voy a concretar cada uno de los votos porque eso pediría el Pliego entero. Solo quisiera apuntar algunos “irrenunciables” para que los votos sean medios y expresión de nuestra consagración, tal como he intentado presentar aquí:

- Definirnos como bautizados, radicalmente seguidores de Jesús.
- Ser cada vez más libres en verdad.
- Vivirnos y donarnos unificados, enteramente.
- Testificar con la vida de dónde venimos y a dónde vamos: Dios.

Profesamos una totalidad (la obediencia de la fe) que se acompaña de una exclusividad inclusiva (amor) y disponibilidad (esperanza) en el seguimiento. Siempre en libertad y para la libertad, pues “para ser libres nos liberó Cristo” (Gal 5, 1). (Ver esquema que cierra esta página).

¿En qué momento se nos ha ido convirtiendo esta propuesta de libertad y fidelidad gozosa, siguiendo a Jesús en medio del mundo, en un estado para aquellos que quieran ser “más y mejores” cristianos? ¿En qué momento este dinamismo teológico que moviliza lo mejor de

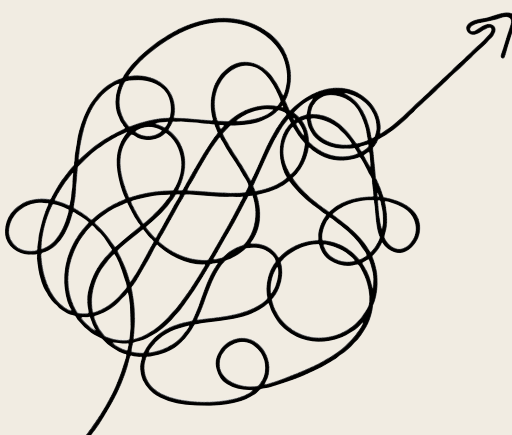
cada persona se ha convertido en una escuela de renuncias por el Reino?

- Si la **obediencia** es NO decidir por sí mismo, infantilizamos a la persona bajo capa de fe y entrega generosa, y potenciamos personas sin criterio, fácilmente manipulables, amigas del poder (no de la autoridad como servicio) y de la sumisión (no de la libre obediencia).

- Si la **pobreza** es decir NO a tener cosas propias, podemos vivir en continua comparación con los demás, frustrados por lo que no tenemos, condenando a quien lo tiene (da igual que sea cuántas piezas de fruta ha tomado el de la otra mesa o dónde pasa las vacaciones) y sin saborear la esperanza de quien tiene puesta toda la esperanza en Dios, hasta el punto de jugarse la vida por otros, por los más empobrecidos.

- Si la **castidad** es decir NO a tener relaciones sexuales, se transforma en incapacidad para amar y generar vínculos con hombres y mujeres, en diversos grados de intimidad y compromiso; nos endurece el corazón y nos atrofia la mirada¹².

Quisiera traer aquí unas palabras de Severino M^a Alonso, cmf. Las escribió en 2006, con las bodas de oro cumplidas y todo un bagaje de vida a la espalda: “Sé, por alguna experiencia, que los jóvenes que llaman hoy a las puertas de nuestros institutos no buscan una vida cómoda, ni pretenden rebajar las radicales exigencias del seguimiento evangélico de Jesucristo. Al contrario: (...) Lo que, afortunadamente, rechazan estos jóvenes –hasta por instinto– es la mediocridad en que vivimos (...) y la frecuente y lamentable confusión que padecemos entre valores esenciales y valores accidentales, entre las verdaderas exigencias evangélicas y otras muchas que no provienen



RECUPERAR LA CONSAGRACIÓN COMO VOCACIÓN

» precisamente del Evangelio, sino de unas tradiciones y costumbres, que hoy ya no ayudan de verdad a la vida consagrada, aunque le hayan ayudado y servido en épocas pasadas”¹³.

El deterioro de nuestra VC, ¿no se deberá a esta *confusión lamentable* entre lo esencial y lo accidental de nuestra vocación? ¿Podremos dar pasos concretos y firmes para distinguir las exigencias evangélicas de las prácticas, costumbres o tradiciones que hoy no son memoria viviente de Jesús ni para los de fuera ni para los de dentro?

V FELICES SERÉIS... SI . SABÉIS QUIÉNES SOIS Y QUIÉNES QUERÉIS SER

“¡Yo sé quién soy!”. Al oír esta arrogante afirmación del Caballero, no faltará quien exclame: ‘¡Vaya con la presunción del hidalgo!’. Pues bien, te equivocas tú el que dices eso; Don Quijote discurría con la voluntad, y al decir ‘yo sé quién soy!’ no dijo sino ‘yo sé quién quiero ser!’ (...) Solo es hombre hecho y derecho el hombre cuando quiere ser más que hombre. Y si tú, que así reprochas su arrogancia a Don Quijote, no quieres ser sino lo que eres, estás perdido, irremisiblemente perdido”.

Así continúa el texto unamuniano con el que comencé esta reflexión. Necesitamos saber quiénes somos como consagrados en la Iglesia. Primero porque solo así podremos seguir caminando y saber hacia dónde y cómo queremos hacerlo. Pero, además, si sabemos quiénes queremos ser –que, en nuestro caso, bien podemos traducirlo por

“sabemos cuál es la vocación a la que Dios nos llama”–, podremos revitalizar y hacer historia la misión para la que Dios nos piensa cada día. Es más: puede que, incluso, si supiéramos quiénes queremos ser, muchas de las salidas, conflictos y frustraciones dolorosas en la VC tendrían otro final. Porque, quizá, lo que parece una extravagancia o una infidelidad fuera de lugar, pudiera ser una voz más entre otras, con las que Dios sigue caminando con su Iglesia y con los consagrados.

Y tanto para quienes ven claro que así no podemos seguir, como para los que se escandalizan cuando decimos esto, se hace indispensable la libertad de quien se deja llevar por el Espíritu. Terrible paradoja: “Sé a la vez siervo y libre: siervo, porque obedeces, libre porque no estás sujeto a nada, ni a la vanagloria ni a ninguna otra pasión... Si no eres libre, no podrás ser servidor de Cristo, porque el Reino de la Jerusalén celestial, que es libre, no acoge a los esclavos”¹⁴.

Si prestamos atención en cuerpo, alma y espíritu, estoy segura de que escucharemos dentro de nosotros el fluir de ese dinamismo teologal que nos va inclinando hacia el Padre, consagrados, pobres, castos y obedientes. Y, por eso, como Don Quijote, pedimos a Dios que nos salve de no querer ser más que lo que ya somos. Estaríamos irremisiblemente perdidos. Menos mal que es Dios quien nos sostiene y no ningún “piadoso Pedro Alonso” de turno. Por eso, sigo creyendo en la VC. Porque sigo creyendo que vivir como Jesús nos hace escandalosamente felices. ●



Notas

1. Viviendo una “hemorragia” de abandonos, en palabras de **Francisco**; haciendo frente al envejecimiento y falta de vitalidad apostólica; sufriendo conflictos fraternos y abusos de poder y de conciencia, como expuso con hondura el jesuita **Alejandro Labajos** en el Pliego de *Vida Nueva* (VN, nº 3.191, 12-18 de septiembre de 2020), etc.
2. **J. I. González Faus**, “¿Vida religiosa o vida consagrada?”, *Razón y Fe*, t. 280, nº 1440 (2019), pp. 73-81, aquí p. 74.
3. Entenderé “consagración” en cuanto forma de vida en la Iglesia, sabiendo que el término no es adecuado, ya que todo cristiano es consagrado por el bautismo. Recordemos que, desde el Vaticano II, el Magisterio prefiere hablar de “vida consagrada” y no de “vida religiosa” (cf. CDC, c. 607,1).
4. Así lo llamaba **J. Álvarez**, *Historia de la vida religiosa*, I, Publicaciones Claretianas (Madrid, 1987), p. 31.
5. **J. Álvarez**, *Historia...*, I, p. 33.
6. Las referencias del Magisterio serían interminables: LG 44; PC 1.2; ET 7.12; EE 13-15; MR 10; VC 16.18; PI 12... También el mismo Derecho Canónico, cf. c 662.
7. **J. B. Metz**, *Las órdenes religiosas*, Herder (Barcelona, 1978), p. 43.
8. Así tituló un Pliego suyo en *Vida Nueva* (VN, nº 3.160, 11-17 de enero de 2020).
9. Cf. **S. M. Alonso**, *Una pasión de amor*, Publicaciones Claretianas (Madrid, 2006), p. 139.
10. Lo explica con más detenimiento en *Raíz y viento. La vida consagrada en su peculiaridad*, Sal Terrae (Santander, 2015), pp. 183-210.
11. **H. U. von Balthasar**, *Vocación*, Ediciones San Juan (Madrid, 2015), p. 58.
12. Cf. **Simón Pedro Arnold**, *El riesgo de Jesucristo*, Paulinas (Bogotá, 2003), p. 36.
13. **S. M. Alonso**, *Una pasión de amor*, pp. 18-19.
14. **Juan El Solitario**, *Carta a Hesiquio*, pp. 25.30.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN / ESPAÑA: 124,95 € / UE: 187,50 € / OTROS PAÍSES: 179,95 € / 47 NÚMEROS AL AÑO

Tel: 914 226 240 / Fax: 914 226 117 / suscripciones@ppc-editorial.com / www.vidanuevadigital.com

Nombre y Apellidos:
Dirección: C.P.:
Población: Provincia: País:
CIF/NIF (DNI): E-mail: Tel:

FORMA DE PAGO

Adjunto cheque bancario a nombre de PPC EDIT Y DISTRIBUIDORA, S.A.



C/ Impresores 2. Urb. Prado del Espino. 28660 Boadilla del Monte |Madrid|
PPC tratará sus datos para gestionar su suscripción siendo la base legal para ese tratamiento la ejecución del contrato. Asimismo, salvo que indique lo contrario marcando esta casilla , da su consentimiento para el tratamiento por las entidades de grupo SM con la finalidad de enviarle comunicaciones de nuestros productos y servicios. Los datos, salvo obligación legal, no serán comunicados a otros terceros que no necesiten conocerlos para la gestión de la suscripción. Puede acceder, rectificar y suprimir los datos, y ejercitar otros derechos legales, dirigiéndose por escrito a nuestro Delegado de Protección de Datos. Para más información, consulte nuestra Política de Privacidad en <http://www.vidanuevadigital.com/politica-de-privacidad/>

Domiciliación bancaria (rellenar los datos de la cuenta)

IBAN	ENTIDAD	OFICINA	DC	NÚMERO DE CUENTA

Nombre y Apellidos del titular de la cuenta:
.....Banco o Caja:
Fecha: Firma: